

Lucas 7:1-23
Por Chuck Smith

Llegamos a un punto en el Evangelio de Lucas, en que él nos dará una serie de eventos y milagros que se dieron en la vida de Jesús.

“Después que hubo terminado todas sus palabras al pueblo que le oía, entró en Capernaum. Y el siervo de un centurión, a quien éste quería mucho, estaba enfermo y a punto de morir. Cuando el centurión oyó hablar de Jesús, le envió unos ancianos de los judíos, rogándole que viniese y sanase a su siervo. Y ellos vinieron a Jesús y le rogaron con solicitud, diciéndole: Es digno de que le concedas esto; porque ama a nuestra nación, y nos edificó una sinagoga.”

(Lucas 7:1-5)

Los centuriones romanos eran hombres especiales. Ellos son mencionados en varias ocasiones en la Biblia, y siempre de una forma positiva. Ellos siempre eran, según parece, hombres destacados. Recordamos a Cornelio, que era centurión romano en Cesarea. Fue mientras él estaba orando, que el Señor le habló y le encomendó que enviara a sus siervos a Jope para que Pedro les enseñara, más detalladamente el camino al Señor. Así que fue en la casa del centurión romano en Cesarea, que el Evangelio fue predicado por primera vez a los gentiles, y la unción del Espíritu Santo sobre su casa, y sobre aquellos que estaban con él cuando Dios comenzó su obra entre los gentiles, de hecho ocurrió en la casa de un centurión romano. Así que ellos son mencionados varias veces en las escrituras, siempre bajo una luz amable y positiva.

Este centurión en Capernaúm era considerado como una persona digna por los líderes judíos, que vinieron en su representación. Ellos dijeron que él era digno de que Jesús hiciera lo que él pedía. Esto es interesante para mí porque las personas judías, incluso en el día de hoy, y estoy seguro de que no tiene antecedentes en el Nuevo Testamento, pero al día de hoy, ellos tienen premios

que entregan a las personas dignas. De hecho, yo he sido premiado como persona digna por la comunidad judía, sea lo que sea que ello signifique. Yo no lo he descubierto aún, y no se si yo realmente lo quería. Pero pienso que debe ser bueno, porque en el momento en que me entregaban el premio ellos estaban sonriendo. Pero es un título que ellos entregan aún hoy en día a una persona, y yo supongo que es una persona de fuera de la fe judía, que muestra bondad y consideración a los judíos, ésta es mi estimación de éste título. Y este fue el caso con el centurión romano. El había construido una sinagoga para ellos, y amaba esa nación. Y teniendo esto como sus credenciales, los líderes judíos vinieron y le rogaron a Jesús que le concediera este favor al centurión, sanando a su siervo.

Era algo inusual que el amo tuviera una relación tan cercana con su siervo. Los sirvientes en el Imperio Romanos no tenían ningún derecho. Y había un escritor romano que decía que cada año el hombre debía contar sus posesiones, y quedarse con lo que aún era productivo, y debía deshacerse de lo que ya no era productivo. Y en ese “deshacerse de lo que ya no es productivo” incluía a los esclavos que ya no eran capaces de trabajar durante un día entero. Y cuando sucediera esto, debían sacarlo y dejarlo morir porque él no tenía otro recurso. El esclavo era considerado como una posesión, de éste modo el amo, en el imperio romano, podía matar a su esclavo y no enfrentar ningún cargo por ello. Después de todo, usted solo estaba destruyendo lo que era su propiedad. Así que para este centurión era algo inusual, tener esta actitud hacia un esclavo. El amaba a este esclavo, y estaba preocupado porque estaba a punto de morir.

“Y Jesús fue con ellos. Pero cuando ya no estaban lejos de la casa, el centurión envió a él unos amigos, diciéndole: Señor, no te molestes, pues no soy digno de que entres bajo mi techo; por lo que ni aun me tuve por digno de venir a ti; pero dí la palabra, y mi siervo será sano.” (Lucas 7:6-7)

El elogio que estos líderes judíos dijeron a Jesús acerca de este hombre, es que él era digno. Al descubrir que Jesús estaba cerca de su casa, enviando a algunos amigos, él dijo, “no soy digno de que entres bajo mi techo; por lo que ni aun me tuve por digno de venir a ti”. En esa cultura, era contra la ley, que un judío entrara a la casa de un gentil. El sabía que para Jesús, el entrar en su casa, pondría tensión sobre Jesús. Cuando Pedro entró en la casa de Cornelio, él se disculpó por hacerlo. El había tomado algunos amigos judíos con él desde Jope y se disculpó por hacerlo. El dijo, “Ustedes saben que es contra la ley que me reúna con ustedes, el venir a esta casa, pero el Señor me dijo que no hiciera preguntas, así que aquí estoy, ¿Qué desean?” Pero él se disculpó por entrar en la casa de un gentil porque eso estaba prohibido para el judío.

Así que él le está diciendo a Jesús, “no soy digno de que entres bajo mi techo; por lo que ni aun me tuve por digno de venir a ti”. Es interesante, si recordamos cuando la mujer del área de Sidón vino a Jesús por su hija la cual ella dijo, estaba acosada por el diablo, y Jesús no respondió. Los discípulos dijeron, “Señor, haz algo por ella, ella nos ruega; nos está enloqueciendo”. Y Jesús dijo, “No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos.” Jesús estaba declarando que estos beneficios que El traía eran para los judíos. Este centurión no se sentía digno de venir a Jesús y pedir que Jesús fuera a su casa. Pero luego él hace una afirmación memorable; el dijo, “pero di la palabra, y mi siervo será sano.”

“Porque también yo (reconociendo que Jesús tenía autoridad) soy hombre puesto bajo autoridad, y tengo soldados bajo mis órdenes;” (Lucas 7:8)

“soy hombre puesto bajo autoridad, y tengo soldados bajo mis órdenes.” Yo se de qué se trata en cuanto a la autoridad. Yo me someto a una autoridad, pero yo también tengo autoridad. Y se como se maneja la autoridad. “También yo”, reconociendo ahora que Jesús tenía esta autoridad, “soy hombre puesto bajo autoridad, y tengo soldados bajo mis órdenes.”

“y digo a éste: Vé, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace. Al oír esto, Jesús se maravilló de él, y volviéndose, dijo a la gente que le seguía: Os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe.” (Lucas 7:8-9)

Entre los judíos que estaban con El, no había visto tanta fe como la de éste centurión.

“Y al regresar a casa los que habían sido enviados, hallaron sano al siervo que había estado enfermo. Aconteció después,” (Lucas 7:10-11)

Esto es en Capernaúm.

“Y al regresar a casa los que habían sido enviados, hallaron sano al siervo que había estado enfermo. Aconteció después, que él iba a la ciudad que se llama Naín,” (Lucas 7:11)

Naín está a unos 40 kilómetros de Capernaúm. Así que Jesús está recorriendo el camino.

“e iban con él muchos de sus discípulos, y una gran multitud. Cuando llegó cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que llevaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre, la cual era viuda; y había con ella mucha gente de la ciudad. Y cuando el Señor la vio, se compadeció de ella, y le dijo: No llores.” (Lucas 7:11-13)

La escena no podría ser peor. Una mujer que era viuda, siguiendo la procesión que llevaba su único hijo a enterrar.

En esos días ellos no tenían ataúdes. Generalmente los cargaban en una canasta y los colocaban en un sarcófago. La palabra “sarcófago” del Latín significa comedor de carne. Ellos tenían en Israel, sarcófagos de piedra caliza. De hecho, usted puede verlos en las excavaciones, donde excavan en los caminos. Los destapaban, y los dejaban allí, a los costados, y los puede encontrar por todos lados. Hay algo en la piedra caliza que consume la carne

rápidamente, de hecho esto ocurre en un mes y poco. Por eso, el nombre sarcófago, el comedor de carne. Así que generalmente los colocaban en los sarcófagos hasta que se consumiera la carne, y luego enterraban los huesos. Probablemente, éste muchacho estaba siendo llevado en una canasta hacia el lugar del entierro, a alguna cueva, o sarcófago, y la madre viuda iba con la multitud, la escena es terrible, y ellos no solo lloraban, sino que gemían. Y Jesús tuvo compasión de ella. En el griego no hay palabra que exprese mejor el sentimiento de condolencia, que la palabra aquí traducida como compasión. Y es usada muchas veces por Jesús. Es la palabra griega más fuerte que expresa el sentimiento más profundo hacia una persona. Jesús tuvo compasión de ella y le dijo, “No llores”.

“Y acercándose, tocó el féretro; y los que lo llevaban se detuvieron. Y dijo: Joven, a ti te digo, levántate. Entonces se incorporó el que había muerto, y comenzó a hablar. Y lo dio a su madre. Y todos tuvieron miedo, y glorificaban a Dios, diciendo: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros; y: Dios ha visitado a su pueblo.” (Lucas 7:14-16)

Este término, “Dios ha visitado a su pueblo”, si usted regresa al primer capítulo, al nacimiento de Juan el Bautista cuando Dios abrió la boca de Zacarías, su padre, él comenzó a profetizar, y algunas de las primeras palabras de esa profecía allí en el primer capítulo, fueron, Bendito el Señor Dios de Israel, que ha visitado y redimido a su pueblo”. Y aquí las personas están declarando, “Dios ha visitado a su pueblo”. He allí el cumplimiento de esta profecía de Zacarías.

“Y se extendió la fama de él por toda Judea,” (Lucas 7:17)

Judea queda hacia el Sur, a unos 100 kilómetros. Así que esta historia acerca de éste joven que estaba muerto, realmente se esparció, y él fue vuelto a la vida por Jesús.

“y por toda la región de alrededor. Los discípulos de Juan le dieron las nuevas de todas estas cosas. Y llamó Juan a dos de sus discípulos, y los envió a Jesús, para preguntarle: ¿Eres tú el que había de venir, o esperaremos a otro? Cuando, pues, los hombres vinieron a él, dijeron: Juan el Bautista nos ha enviado a ti, para preguntarte: ¿Eres tú el que había de venir, o esperaremos a otro?”

(Lucas 7:17-20)

En el Evangelio de Juan, él nos dice que cuando Juan vio al Espíritu de Dios descendiendo sobre Jesús, él supo que Jesús era el Mesías. Porque el Señor le había dicho que sobre cualquiera que viera descender al Espíritu, ése sería. Y así Juan, refiriéndose a Jesús, dice a sus discípulos, “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.” Y él señalaba a Jesucristo.

Juan había estado un tiempo en el calabozo como prisionero de Herodes. A él no le gustaba estar confinado a un lugar, él era un hombre para estar afuera. El creció en el desierto. Y este confinamiento, sin duda, era muy irritante para él. Y puedo imaginar que Juan, como los otros discípulos de Jesús, estaba anticipando el establecimiento inmediato del Reino de Dios. Y probablemente se preguntaba, “¿por cuánto tiempo voy a estar sentado en esta prisión?” Y allí es que él hace la pregunta, “¿Eres tú el Mesías?” no era tanto una pregunta, sino más bien un impulso. “Dejen que las cosas sucedan; dejen que se mueva”. Podría ser que el hecho de que Jesús no estableció inmediatamente el reino, derrocando a Herodes y a los romanos, hacía que Juan no estuviera absolutamente seguro. Cualquiera sea el caso, la respuesta de Jesús es bastante interesante.

“En esa misma hora sanó a muchos de enfermedades y plagas, y de espíritus malos, y a muchos ciegos les dio la vista. Y respondiendo Jesús, les dijo: Id, haced saber a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los

pobres es anunciado el evangelio; y bienaventurado es aquel que no halle tropiezo en mí.” (Lucas 7:21-23)

Jesús dice a Sus discípulos, “Créanme, de otro modo, créanme por causa de mis obras”. Nuevamente El dice, “Las obras que yo hago, dan testimonio de Mi”. Jesús señaló Sus obras como un testimonio de Su autoridad; de quien era El. “las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí. Y si no creen en Mi”, dice El, “creed a causa de mis obras”. Sus obras son un fiel testigo de su identidad y Su autoridad, porque ningún hombre puede hacer estas cosas, excepto que el Señor esté con él.